

Rubén Darío.

A media noche me llega un número de *La Razón*. Lo abro, y doy con el último retrato de Rubén Darío. Creo que lo publican con motivo de su venida a Buenos Aires, y la realidad de la fúnebre noticia me sorprende y me consterna. Me mira desde la hoja de papel, con sus grandes ojos abiertos: «¡Oh, mi amigo, mi amigo de siempre!, ya poseen mis pálidas manos las llaves de la Esfinge...» Su voz resuena entre los perfumes de los jazmines y las sombras de los árboles; las estrellas tienen más solemnidad y la luna más melancolía. Ha concluído lo que fué ley de

su existencia: ha dejado de peregrinar; pero no ha concluído lo que fué su razón de vivir, y en el silencio de la noche levántase el coro de sus armonías con el séquito de sus sueños. Se levantan los antiguos acordes bajo estas mismas frondas que los oyeron triunfales de sus labios ardientes en días que nunca volverán; se levantan sobre algo más que sobre los despojos del poeta: se levantan sobre los jirones de nuestra juventud y sobre la mente de toda una generación que embelleció sus mejores horas con los ritmos de sus cantos. ¡Ah!, no es extraño que entre los perfumes de los jazmines y las sombras de los árboles, tengan las estrellas más solemnidad y la luna más melancolía.

*
* *

Solitario y espléndido vivió en país tropical, donde las flores y las frutas, mimadas de la Naturaleza, se nutren de sus más fértiles savias para eclipsar a los hombres... Una vez, en su presencia, en torno de una mesa del bulevar de las Capuchinas, un compatriota que se había de-

dicado a la piscicultura nos contaba que entre los peces griseos de su estanque le había nacido uno de púrpura. Se devanaba los sesos sin dar con la causa, cuando vió a un martín pescador sumergirse en las aguas: en sus proximidades otro amigo cultivaba los ejemplares rojos. Yo sonreí imperceptiblemente mirando a Darío. ¿Qué martín pescador de cuento de *Las mil y una noches* se había llevado del Sena a Nicaragua aquel huevo mágico en que había de estallar una chispa del genio de Francia? Y no sólo apareció como ave extraña en la literatura de su país, sino en la de toda tierra española. Cuando se sintió impregnado de su propia luz, arrebatado por sus propias alas, conmovió los círculos planetarios. Mas no aplastó a los Martes de las odas guerreras ni a las Venus de sus álbumes galantes, pues la única belleza de su rostro, su sonrisa de inteligencia cortés, se traslucía hasta en sus ataques; y saludando reverente a Quevedo en Júpiter, o a Góngora en Saturno, se escapó de las órbitas. Dejó de ser el astro clasificado para convertirse en el meteoro intangible. Voló

por los espacios de los dos hemisferios, impelido por los cuatro vientos del espíritu. Se le vió brillar en Europa, se le vió resplandecer en América: cada una de sus luces era una armonía. Pero las armonías levantaban coros de denuestos entre himnos de admiraciones. Hasta que los hombres vencidos y las ciudades conquistadas hicieron un voto de justicia: «Que triunfe la verdad vestida de hermosura.» Y en esta noche en todas las latitudes de la Tierra refulgen procesiones de lámparas encendidas por sus destellos... ¿En dónde habrá ido a caer? Recojo el diario, y su lectura me conmueve. El instinto de la muerte le ha llevado a la tumba de sus padres: el magnífico meteoro de los cielos ha concluído como humilde chispa del hogar de su casa... Si él pudiese resucitar, nos diría con sus amables gracias de letrado cuál es la gran belleza de este tierno símbolo.

*
* *

Venturosas noches pasadas a su lado entre los fantasmas brillantes de la imaginación y del

Arte; interminables charlas por el Palermo de Buenos Aires, por el Bosque de París, por los salones y los teatros, en compañía de los ensueños y las quimeras que ayudan a olvidar y a vivir; y cien anécdotas y mil recuerdos del batallar literario acuden a nuestra mente, vestidos y vestidas con ropajes de duelo, únicos que a nuestro nombre van quedando en el telar de las hadas. Y de todas esas evocaciones, algunas se sobreponen constantemente, para traérmelo con la transparencia de las sombras eliseanas desde el borde de la eternidad a las realidades de su vida. Este gran poeta no dejó de ser nunca un gran niño. De modo tal, que me obsesiona una frase leída ha tiempo sobre la muerte de San Juan de la Cruz. El místico de la llama de Amor viva cerró con la tranquilidad de una criatura que se duerme «los dulces ojos de mirar cansados». Darío, maravillándose siempre, miró lo que era hermoso, sin perder jamás la frescura de sus visiones. En tiempos en que los incapaces de escribir un libro, y a veces un artículo, se llamaban en Buenos Aires intelectuales, convir-

tiendo a la ironía en máscara de su eunuquismo; en que se compraba esa careta en la tienda que llevaba por enseña: «A la sonrisa de Anatole France»; en que el juego consistía en vilipendiar a todo lo que fuese obra entre los desdenes de la barata literatura de sobremesa, y en que nadie parecía decirse que el dueño de la tienda había adquirido el difícil derecho de sonreír sobre el pedestal de veinte volúmenes; en esos tiempos y después, el poeta no perdió nunca su ingenuo, su ardiente, su infatigable entusiasmo. A las veces no sabía romper las redes de una hábil mixtificación, y quedaba preso como una mariposa en las telas de un nido de murciélago. Eso no se nos importaba y resultaba más simpático, porque el exceso del amor signo es de riqueza del temperamento. Y él era ante todo un poeta, aunque las necesidades de la lucha le obligasen a las tareas del analista.

Si las ideas, desenvolviéndose entre las teorías y los hechos, tienen en la prosa su historia profana y en la poesía su historia sagrada, como lo han creído y lo creen muchos espíritus, hay

que añadir que Darío lo creía con fanatismo. Si hubiese recitado los himnos de Orfeo, hubiese sido la cuerda y el eco; sentía como el hierofante y como la cosa; en su naturaleza se fundía el círculo de las correspondencias: habría quizás querido corregir al *Génesis*, porque no refiere que el Universo brotó de un canto. Podía su musa, coronada de rosas, volar risueña entre los mirtos de Versalles; podía oír los alegres tumultos del patio andaluz; podía, envuelta en triviales serpentinatas, unirse a las risas del Carnaval; siempre en el respeto por su arte, persistía algo del antiguo estupor sagrado. Si traía para un amigo un volumen de Moreas, nuevo, una vieja edición de Ronsard hallada en los malecones, depositaba los libros sobre la mesa con misterio y solemnidad. Llevaba por las calles un Baudelaire ilustrado por Rop, como una hostia consagrada en una custodia de Cellini. Lo que en otro hubiese parecido o tontería o farsa, en él, por lo sincero, causaba encanto. Al verle ciertos aspavientos candorosos ante el espíritu de ciertos raros, se le quería más. Este hombre tímido, casi

siempre mudo, que no se libraba sino a sus muy íntimos, se ha llevado el secreto de hablar de la Poesía como un sacerdote. Entre las inquietudes de su temperamento torturante, la adoraba con la inteligencia esclarecida de un Santo Tomás y la superstición irreductible de un indio de su tierra. Y aun—para volver al principio—con el amor de un niño siempre maravillado de sus colores, sus ritmos y sus perfumes. Por eso fué tan fuerte: la incomprensión lo asombraba; al oír las diatribas aumentaba las riquezas de sus camellos; volvía los ojos a su astro, y murmurábase menos poéticamente, pero más gráficamente que en su poema: los perros ladran; la caravana pasa.

*
*
*

No ha habido en este siglo de Baudelaire—y en el caso empleo expresamente este nombre—un poeta más angustiado que Darío por el enigma del mundo y los misterios de la muerte. En su sombra, ya fuese sobre la luna melancólica, como bajo el sol triunfal, veía perennemente la

mortaja inseparable de sus pasos. Y así, en sus necrologías de los grandes escritores juntábase la sinceridad de su admiración al estremecimiento de su atormentado espíritu para improvisar sus frases más hondas, más vibrantes, más aladas. En un mes de enero de hace muchos años, varios amigos nos habíamos reunido con objeto de retratarnos. Un repórter de *La Nación*, que sabía dónde estábamos, telefoneó a Darío que Verlaine había muerto y que se esperaba su artículo. Schiaffino, Escalada, Leopoldo Díaz, Belisario Montero, Ballerini, Della Valle, De la Cárcova, todos se pusieron a comentar la vida y la obra del poeta. Sólo Darío no hablaba; no volvía de su asombro; escuchaba sin comprender, con angustia no fingida, estupefacto cual si estuviese en presencia del cadáver. Callado durante el resto del día, pedía algún libro para buscar un dato; y silenciosamente improvisó la intensa oración fúnebre. Luego volvió a su mutismo, y esa noche más que nunca esperó sin acostarse la luz del alba, acariciado sin duda por los ritmos de su *Responso*. Vivía entonces en mi barrio, y a la

siguiente tarde se me presentó con un aire de misterio que me era muy conocido. «¿Qué trae de nuevo el conspirador?», le dije. Sin contestarme tiró de su bolsillo la hoja y se puso a recitar: «Padre y maestro mágico, liróforo celeste...»

Aquel hombre, artista en todo, tenía verdaderas ternuras para sus pasiones literarias; aun me parece oírle el acento conmovido de la voz trémula: ¡nunca un reverente silencio fuera roto ante mí por una más hermosa y singular armonía! Y nunca un poema de Rubén Darío fué discutido con mayor saña.

El «liróforo celeste» inyectaba hidrofobia roja; el «panida, Pan tú mismo» envenenaba el pan, la sopa y el postre; el «Pan bicornes» hería como un Miura; «la siringa agreste» llevaba al paroxismo del desconcierto; el «culto oculto y florestal» pedía fuego para la selva; hasta el inocente «son del sistro» gozaba del privilegio de blanquear a los purpúreos y enrojecer a los exangües. Hoy se lee el poema con su ritmo y su pensamiento tan bien fundidos, con su claridad tan transparente, con sus epítetos tan pintores-

cos y significativos, con su amplio tiempo de andante tan armonioso y tan grave, y no se comprenden aquellas iras. ¿Por qué la banda del Ateneo, desde su decano Carlos Vega a Lugones, su Benjamín, tronaba exasperando a los detractores? ¿Por qué Schiaffino, De la Cárcova y Sivori libraban un combate diario en sus talleres? ¿Por qué Mariano de Vedia y Julio Piquet lo sostenían bravamente en las redacciones de los periódicos? ¿Por qué Belisario Montero aprovechaba de su licencia consular para defenderle en la Casa de Gobierno? ¿Por qué al llegar yo a las playas de Quequén y Necochea me las hallaba ardiendo contra Miguel Escalada? ¿Por qué nos era cosa útil saber el *Responso* de memoria, obligados a citarlo con fuego hasta en medio de las aguas? ¿Por qué la palabra decadente, empleada sin ton ni son, se prendía a las espaldas como un cascabel de leprosos? ¿Por qué en ambientes tan diversos se hablaba con igual encono, y si los hombres de letras querían arrojar al Calibán del reino de Ariel, los hombres de mundo querían desollarlo como a Marcias? Rubén Da-

río poseía, sin duda, un don que singulariza a ciertos escritores: el de encandecer la atmósfera mental, expandir las controversias y comunicar fiebre a las ideas.

Cuando la Dalila, de Perú y Moreno, sin coquetismos ni mimos, con sus medios resueltos y característicos, cortó a nuestro Sansón algunos mechones de pelo raro, se alzó un himno de gozo y alabanza en las tiendas filisteas; pero cuando el maestro francés, temiendo quizá que sin distingos se abusase de su gran nombre contra un luchador sincero, se apresuró a escribir que en el *Aire suave* los pausados giros lo eran de talento y arte, los mismos filisteos, al ver retoñar el pelo del poeta, gritaron que el crítico estaba loco. Así la pasión encendía los ánimos, y nosotros no siempre respetábamos en el campo adverso a hombres cargados de servicios a las letras, a quienes hoy reconocemos con afecto todos sus méritos. Darío, en tanto, permanecía inalterable, tal el astro sereno que levanta las mareas. En las más febriles discusiones rompía sus silencios de Buda con distraídos «desde

luego», «es posible», «claro está»; y al salir a la calle, dándonos el brazo, respiraba ostensiblemente el aire del cielo, y murmuraba su cita favorita: *Any where out of the World*: no importa dónde, con tal que sea fuera del mundo... Su voto se ha cumplido. Mi pluma se detiene apenada sobre el papel, y uno de los misteriosos buhos a quienes él pedía la serenidad, me obliga, graznando inquieto bajo la luna, a mirar supersticiosamente la noche. ¡Ah! Nuestros pobres recuerdos arrebatados por el ala del tiempo, ¿qué son en ese fondo sin fin donde parecen diminutas las más inmensas estrellas?

*
*
*

Verlaine constituía entonces su gran admiración y su gran cariño. Por eso la crítica cometía a menudo el error de identificarlos. Verlaine había empezado su vida literaria en la falange de Leconte de Lisle:

Est-elle en marbre ou non, la Venus de Milo?

Pero con sus brazos ausentes se esculpió un

crucifijo; y el crucifijo se animó con su luz divina, mientras la diosa se volvía de carne y de sangre; el artista perdió toda impasibilidad, y entre la oración y el pecado, la delicia y la angustia, la recaída y el arrepentimiento, con un acento de sinceridad estremecedora y una música inconsciente de efectos únicos, acabó por ser el menos parnasiano de los poetas. Darío, en realidad, se formó con Gautier, Banville y esos parnasianos, pero debiendo menos a Verlaine que a sus cofrades. Se saturó del epicureísmo de Mendès, sobre todo del epicureísmo de su prosa, para que estallase en sus versos como en su prosa con colores más vivos, más calientes, más españoles, más en el esplendor de Heredia, y su fuerte sensualismo se espiritualizó en su complicada imaginación (aunque los términos parezcan antitéticos), y se fabricó un instrumento capaz de cantar con sus matices y de pintar con sus acordes. En las *Prosas profanas* pasan algunas de las fórmulas de Verlaine sin arraigar, por decirlo así, en piezas de poca importancia; y si en el abate joven y el vizconde

rubio del poema de Eulalia (todo el mundo recuerda la estrofa) aparece un rastro de las *Fiestas galantes*, ese rastro, a pesar de que el ambiente fué sugerido por ellas, apunta casi esfumado:

L'abbé confesse bas Eglé
Et ce vicomte déréglé
Des champs donne à son cœur la clé.

Pero el mejor Verlaine esta contenido en *Sagesse*, y el más característico en *Parallèlement*; y de tales viveros nada se ve en sus frutices. Es decir, no se ve la influencia literaria, aunque se comprenda el parentesco de sus temperamentos. En un poema sobre su reino interior, en que las virtudes, como doncellas de nieve, y los pecados capitales, como jóvenes de púrpura, se disputan su alma, y en que su alma saluda, encantada, los cielos de las unas y la tierra de los otros, se toca el espíritu, mas no las formas de Verlaine, y, por otra parte, la impresión se encierra en la página sin desbordarse sobre el libro.

En *Prosas profanas*, a pesar de la idea de la

muerte, queda flotando sobre los ritmos el orgullo de la vida; en los *Cantos* posteriores, a pesar de los arrebatos llameantes de esa Vida, la Esperanza tiene un acentuado espíritu religioso, la lucha entre los dos principios se acentúa, y entonces se aproxima más a la musa de *Sagesse*. Escribo de memoria, y si ésta no me es infiel, eso se deduce de los *Nocturnos* y de la índole general de la obra. Pero los que han tratado íntimamente a Darío y han leído *Les poètes maudits*, saben los muchos puntos de contacto que tenía con el *Pauvre Lelian*. Añadamos también que si es verdadera toda la leyenda del poeta francés, nuestro amigo no tuvo nunca por qué sentir, como él, cierta clase de arrepentimientos. Ya en el sensualismo del *Azul* se nota algo de religioso, o quizá su naturaleza religiosa adquiere por una perversión tales o cuales formas. Y en esas páginas de juventud aparece igualmente el afán de no extinguirse el instinto supremo de lo eterno y la nostalgia de lo infinito. El poeta, según la pintoresca fórmula de Alfonso Daudet, estaba acabado de imprimir; después vendrán las nue-

vas ediciones con ilustraciones magníficas. Comprendió desde sus primeros años que si el estro oratorio puede violar a las musas y arrancarles de vez en cuando un hijo hermoso, siempre hay violación y no amor sereno o exaltado, sobre los lechos de rosas, entre los laureles y las fuentes. No es de extrañar que en el amanecer de su espíritu se echase en la onda de Bécquer, que resueltamente rompió con las cortes parlamentarias del verso español. Pero la cigarra de Poe, desterrada en la noche y ebria entre las Ligeias con algo más que gotas de rocío, y el ruiseñor de Banville, desvelado en el día y ebrio entre las ninfas con algo más que rayos de luna (para no citar sino dos ejemplos), se asilaron en su árbol, cuando ya, con raíces de Quevedo y de Góngora bien plantadas, podía sufrir sabiamente las metamorfosis de la hermosura. Él, en realidad, no empezó la renovación literaria. Julián del Casal, Nájera y el admirable Silva, o le anteceden, o son sus contemporáneos; y en cuanto a la prosa, el mismo Darío ha escrito la impresión que le produjeron en Chile los folletines de

Paul Groussac en *El Sud América*. Pero por lo que había en su talento de alas y de oro, el vuelo y el fulgor, y de facundia constante y de generosidad perenne; por el romper, sin mirar, los hilos de sus perlas sobre el gran diario como sobre la humilde revista; por el peregrinaje inquieto de su existencia; por su amor absoluto y fiel a su arte; por su valiente afán, siempre despierto y nunca fatigado; por sus afables maneras y el don de rodearse de simpatías y de hacerse querer, fué su voz magnífica el verdadero yunque de la evolución en América y en España, arado y simiente a un tiempo, ayer enseña de combate, hoy lábaro de victoria. Y no fué sólo el arado y la simiente, sino que su sincera pasión por su causa, y lo que es extraordinario en un hombre de letras, su falta absoluta de envidia, lo llevaban a descubrir los talentos, a reanimar a los vencidos, a enaltecer a los triunfadores y a ser en los ajenos sembradíos la brisa que, evocando los oriflamas, mueve al sol el esplendor de las cosechas.

Esa misma forma de existencia, esos métodos

de propaganda y lo que tenía de bohemio en sus costumbres, han hecho que sea su producción, desgraciadamente, fragmentaria y sin ningún plan de arquitectura. Hasta en una sola obra, cuando con soberano aliento se lanza, en un poema de enormes proporciones, a celebrar, como nadie ha celebrado, el Centenario de la Argentina, las líneas, dentro de una construcción armoniosa, le fallan, las diversas aguas no se encauzan en río avasallador, y esto debilita el conjunto, aunque los detalles, reflejándose maravillosos, refuljan y canten en las corrientes que los arrastran. Alguna vez me habló de su novela *El hombre del Oro*: creía que iba a ser su mejor libro. Según él, no lo continuaba, abrumado por el éxito de *Quo vadis*. Yo le respondí que, al contrario, eso debía estimularlo, teniendo en cuenta sus calidades de estilista, muy superiores a las del escritor polonés; y como conociera un tanto a Roma, le di algunas indicaciones para que no perdiese tiempo en sus notas; pero volvió a París sin tomarlas, y creo que la obra se reduce al capítulo publicado en *La Bi-*

biblioteca. En otra ocasión, en un restaurante subterráneo de la antigua calle de Piedad, me contó elocuentemente, entre sus pausas características y con gran lujo de detalles, *El secreto de Lázaro*. Cuando acabó, impresionadísimo, su relato, tuve que romper mi silencio, que correspondía a su emoción: me había dejado entrever una novela magistral. Empezaba el libro con la conversión de la Magdalena y la intimidad de su familia con Jesús; y después de capítulos de diversos caracteres en torno del martirio del Maestro, a que tanto había contribuido el milagro de Lázaro, éste veíase asediado en el templo, en las ciudades, en los campos, por gentes que empleaban mil ardides para arrancarle su secreto. Todos le miraban, sabiendo que era el único hombre vuelto de la tumba a la vida... Omíto mucho, deseando abreviar, pero, por ejemplo, un sátrapa se le presentaba al frente de opulenta caravana: venía expresamente a ofrecerle la mitad de su fortuna. Otra vez un mago le echaba sus filtros, con la esperanza de que se traicionase en el sueño; pero un ángel

sellaba al dormido los labios. Renunciaba a ser tetrarca, como había renunciado a la fortuna; y lo sostenía su amor a Cristo, puesto que Cristo le había prohibido hablar; amor que daba también fuerzas a Magdalena y a María para no interrogarle. Llega a Jericó una famosa cortesana; Lázaro, de pasaje en la ciudad, cae en sus redes; todo el mundo se le disputa sin éxito, pero ella, en un festín, lo amenaza con entregarse a un patricio. Cuando él ofrece lo que tiene y mucho más, se le responde que no necesita de eso quien es amado, que sólo se le exige una respuesta a una pregunta, y la mujer se inclina a murmurársela... Lázaro siente su aliento, sus labios, su perfume, olvida a Jesús, va a contar, y la cortesana da un grito: ha quedado muerto sobre el triclinio.

Me parece haber leído en alguna revista una página de Darío en que se traslucía algo de su antiguo plan: he olvidado el cuento, pero me acuerdo de la novela, que es posible que ni siquiera comenzara.

No se alzan, pues, en sus jardines, llenos de

viñas y de rosas, de estatuas y aguas parleras, de cisnes y pavos reales, sólidos edificios con cimientos en la tierra y pararrayos en el cielo, sino elegantes templetes y graciosos quioscos habitados por frágiles y encantadoras criaturas. Pero a pesar de que el tiempo incompasivo penetrará en ese mundo como en la obra de todos los escritores que se sobreviven; a pesar de que desechará multitud de armas que, útiles en el combate ardiente del pasado, no interesarán a la serenidad del futuro; a pesar de las páginas que desaparezcan, impelidas por el mismo viento en que se escribieron, quedarán muchos cuentos perfectos, algunas fantasías deliciosas y páginas de incomparable fulgor sobre figuras ilustres; por ejemplo, las de Castelar y León XIII. Y, sobre todo, mientras haya lengua española, dos docenas de poemas inmortales formarán el séquito de su *Marcha triunfal*, al través de las ideas y sensaciones de los hombres.

*
**

No me es posible, en el campo, sin sus libros a mano, explicar detalladamente su obra en lo que tuvo de fecunda y magnífica. Darío ha sido una excepción a la regla de que fallan como prosistas los poetas en quienes el verso parece su lengua natural. A semejanza de Milton, Baudelaire o Manzoni, resultó maestro en ambas artes. Pero quizás la mayor influencia la ha ejercido con su poesía, a causa de su difusión; y téngase en cuenta al decir esto el campo de los escritores y no el de los tinterillos que han deshonrado el idioma, imitándole en sus repelentes abortos. Y la ha ejercido con su poesía hasta en los prosistas, engendrando el ansia de un espíritu nuevo que naturalmente buscaba después nuevas formas. Algunos obreros de su línea, en España y en América, han rivalizado con su prosa; ninguno con sus versos. Para él el pensamiento no sólo era una palabra interior, era música completa. Y lograba extraerla venciendo las dificultades de la expresión con sus más difíciles armonías. Tuvo el cristal de la lámpara maravillosa para ver, el don misterioso del hada para oír, el secreto di-

vino del ave para cantar; lo que el orfebre perfecciona, pero que no crea, ni finge. Y resulta un caso curiosísimo, porque con dificultad un artista más artificialmente compuesto y con dificultad un poeta más naturalmente realizado.

En sus *Prosas profanas* hay un poema sobre los Carnavales de Buenos Aires, en que todo el mundo saludará a Banville con sólo leerlo. Eso es muy raro; las imitaciones no le imprimen estela, el movimiento de la onda las desbarata bajo su propia espuma. Por mejor decir, no hay imitación como en tantos de nuestros poetas, sino asimilaciones anteriores que desaparecen hasta ser un estallido de originalidad. Podían ajenas orquestas inspirarle anhelos de amor; cuando él besaba a su musa, la musa reconocía la singularidad de su canto; de modo que leyendo sus fuentes rara vez se llega a su río. Y a la inversa, su llama devora los primitivos maderos con tal empuje, que sobre cenizas inclasificables le reconocemos un fulgor inconfundible. Así llegó a poseer el signo de los grandes poetas: no necesita una estrofa, le basta para presentarse un verso; verso que no

se parece al de nadie en castellano; verso que encadena a quien se lo apropia; verso que es una armonía con su acento, que es un ala con su nombre. Y aunque se antoje paradoja, se le puede dirigir el alejandrino de Cosnar a Gautier:

Il n'imita personne et reste inimitable.

*
* *

Si se le considera solamente como poeta, el gran desaparecido no ha llevado en sus últimos tiempos una vida sin ventura. Ha podido contemplar su triunfo: en todas partes se le aclamaba maestro; en todas partes se le saludaba afectuosamente como al invencible ruiñeñor que aun en medio de las civilizaciones más mercantiles, se había tejido con los focos eléctricos prestigiosos claros de luna. Y a estas horas, desde Madrid a su patria, desde su patria a Magallanes, sobre su voz para siempre callada, millares de voces recitarán sus poemas; y muchas voces al creer sentir los peculiares acentos que la suya les imprimía, preferirán el silencio para no decir-

selos entre lágrimas. Pero es posible que voces también ásperas, como las que yo oyera hace una semana, a propósito de su frustrado viaje, se venguen de su gloria, recordando que no sólo en esa gloria imitó a Poe.

Evoquemos la leyenda árabe de Azrael, que descendió desde el Empíreo por mandato de Dios, el alma que debía animar al primero de los cuerpos. Y sucedió que el espíritu no quiso someterse a la arcilla; mas el Iodo, convirtiéndose en instrumento, cantó, lo atrajo, lo sedujo y lo encarceló en su abismo. Rubén Darío, a diferencia de censores que en su mayor parte poseen apenas el cuerpo necesario para manejar la honda, conservó hasta su muerte la voz de la leyenda; y ha podido cautivar a su propia alma con música tan arrobadora que era purificante; y ha iluminado esos acordes con bondad tan persistente, tan noble y tan pura, que se cierne sobre la belleza de su obra a semejanza de un perfume de armonía.

ÁNGEL DE ESTRADA (hijo).

“Primeras notas” de Rubén Darío.

Probablemente muy pocos en la América del Sur conocen el primer libro de Rubén Darío. Se titula *Primeras notas*. Fué editado en Managua, por la Tipografía Nacional, el año 1888. Es una colección de poesías, algunas de las cuales — pocas — su autor no ha tenido a menos reproducir y reverenciar como a hijas agraciadas, en la edad provectora.

Lo interesante del caso es que el mismo Darío no conservó un solo ejemplar de aquel opúsculo en donde compiló sus ensayos infantiles. Me consta que hace pocos años el poeta volvió